

EL PAISAJE EN LA ANTROPOLOGÍA DE UNAMUNO

Gloria Luque Moya
Universidad de Málaga (España)

Recibido: 15-07-10

Aceptado: 14-09-10

Resumen: Los diferentes estudios de la antropología de Miguel de Unamuno se han venido caracterizando en torno al hombre de carne y hueso, aquel en el que mente y cuerpo forman uno. Sin embargo, el propósito de estas páginas será la relación del ser humano con su medio, la elaboración de nuestra concepción paisajística. Para ello, se procederá desde un lenguaje comunicativo, antropológico y estético que nos remite a lo más íntimo y que no sólo presentará la concepción cultural de una época, sino también la personalidad del pueblo español, su sentimiento hacia la naturaleza. En este sentido, siguiendo el tema del paisaje a través de la obra de Unamuno, el texto considera dos aspectos fundamentales: por un lado la relación del hombre con la naturaleza; por otro lado el amor inteligente hacia la naturaleza.

Palabras-clave: paisaje; quietud; síntesis mente-cuerpo; amor inteligente.

Abstract: The different Studies in Miguel de Unamuno's anthropology have focused on only humans, in whom mind and body are one. Nevertheless, the aim of these pages is the relationship between human beings and their surroundings, the development of our notion of landscape. For this purpose, this is an anthropological, aesthetic and communicative approach which brings us to the most intimate. What is more, this approach does not only present a particular cultural conception, but also Spanish personality, its feeling for nature. In this sense, following the topic of landscape through Unamuno's work, this paper develops two main points: the relationship between human being and nature; and the intelligent love for nature.

Key-words: landscape; calmness; body-mind synthesis; intelligent love.

1. Bosquejos del paisaje en la obra de Unamuno.

Los diferentes estudios sobre la antropología de Miguel de Unamuno se han venido caracterizando en torno a ese pilar fundamental constituido en el hombre de carne y hueso, ese hombre en el que mente y cuerpo forman uno. No son pocas las páginas que sus aportaciones han generado, pero no parece haberse otorgado suficiente importancia a un aspecto fundamental en su propuesta antropológica, esto es, la relación del ser humano con su medio. Si queremos abrir paso a este nuevo hombre en el que no se presentan dualismos dolorosos hemos de entender su interacción con el medio sensible, puesto que supondrá la culminación o síntesis de mente y cuerpo en el hombre encarnado. Desde esta posición Unamuno inicia sus reflexiones en torno al yo, al sujeto humano concreto, será esa realidad experimentada y filosóficamente tratada desde la que inicie su pensamiento y desde la que partirá para abrir el estudio del paisaje.

Desde su época Unamuno va a resaltar el valor trascendental de lo subjetivo, subjetivo entendido como realidad vital, en cuanto que era la vida con todas sus posibilidades la verdadera esencia del hombre. En torno a esta realidad vital Unamuno iniciará sus reflexiones atendiendo a esa relación que establecemos con la naturaleza. El ser humano no sólo percibe pasivamente su medio sino que mediante esa vinculación entre percepción y entendimiento construye el paisaje. De hecho, lo propio de cada cultura será la elaboración de una concepción paisajística, en cuanto que establecerá la relación del hombre con su medio. En este sentido, el estudio de Unamuno vendrá generado a partir de la propia vivencia que el tiene de la concepción del paisaje del pueblo español al que pertenece.

Así pues, desde sus días, Unamuno realizará sus reflexiones sobre el paisaje español no sólo haciendo visible la concepción cultural de una época, en su caso marcada por una crisis derivada de estos acontecimientos dramáticos, sino que mediante ellos se hará presente la personalidad del pueblo español y la sangre que caracteriza su espíritu. De este modo, no se quedará exclusivamente en aspectos delimitados al ámbito de la percepción o de los sentidos, sino que como hombre encarnado, perteneciente a una cultura, con un personalidad propia que dura a lo largo del tiempo, llevará a cabo una reflexión que conjuga antropología y estética, teoría y praxis, cultura y hechos.

Se entreve, pues, como el paisaje en la obra de Unamuno sólo podrá comprenderse desde un lenguaje comunicativo, antropológico y estético que nos remite a lo íntimo: los recursos personales, lo autobiográfico y las memorias adquieren un papel fundamental en su obra. Don Miguel llevará a cabo sus reflexiones desde una sinceridad expresiva, mediante la cual nos hacemos partícipe de su vivencia, el estilo que utiliza nos permite degustar por los sentidos los paisajes que nos traslada. Junto a la Generación del 98

compartirá ese interés por lo intimista, la costumbre y lo histórico, mas, su capacidad de suscitar y sugerir a través de esta vía de expresión vivencial dará lugar a un genuino estudio del paisaje que paso a considerar.

De este modo la el propósito que persigue estas páginas será la consideración de la reflexión del paisaje a través de su obra. Para ello, el punto de partida será el sentimiento de la naturaleza que Don Miguel asegura encontrar oculto en España, en su tradición y cultura. El paisaje forma parte de la vida del hombre, del español, es algo intrínseco a nuestra existencia a través del cual nos hacemos partícipes de la naturaleza. En este sentido, una reflexión sobre el paisaje, según la reflexión de Unamuno, implica la consideración de dos aspectos fundamentales: por un lado la relación del hombre con la naturaleza, por otro lado el amor inteligente hacia la naturaleza.

Ahora bien, antes de tratar estos puntos detenidamente, conviene destacar el lugar que ocupará el paisaje en la obra de Unamuno. En este sentido, hay que destacar como el paisaje no era un recurso utilizado en sus novelas, de hecho si por algo se caracterizan estas es por la ausencia de descripciones paisajísticas. En contraposición a esta ausencia, encontramos una gran variedad de volúmenes dedicados exclusivamente al paisaje. Pero, ¿por qué ocurre esto? El mismo Unamuno nos responde a ello en su libro *Andanzas y visiones españolas*¹:

“rehuyo en ellas (las novelas) las descripciones de paisajes y hasta el situarlas en época y lugar determinados, en darles color temporal y local [...]Y, en cambio, el que gusta del paisaje literario, va a buscarlo en sí y por sí. Y a esta demanda de la afición estética es a lo que quiere responder la oferta de este libro, lector amigo”

De este modo, se puede vislumbrar como el tema del paisaje para Unamuno no será un recurso más de su obra literaria, sino un tema de estudio, una meditación sobre el sentimiento de la naturaleza y la idea de paisaje. Reflexión profunda que intenta comprender el significado y el valor del paisaje como relación del hombre con su medio, como categoría estética, como construcción de una cultura que muestra la sensibilidad de dicho pueblo hacia la naturaleza. Es por ello por lo que este trabajo carece de imágenes, ya que sería infiel al mismo Unamuno. Él mismo expuso como con la introducción de las mismas sólo ganaríamos en la descripción y clasificación de cosas. Mas, Don Miguel no quiere ganar en decir cosas, sino que lo que nos esta proponiendo es una mirada que no se capta en una imagen, sino que sólo puede ser sugerida a través de la más enriquecedora lírica².

[1] Unamuno, Miguel. *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968 p. 10

[2] La cita exacta la encontramos en *Ibid*, p. 22: “Figúrate lector que esta divagación fuese ilustrada con vistas de Gredos, la subida por la barranca, ventisquero, el pico de Almanzaro, el Ameal de Pablo, la choza de un pastor, la laguna vista desde arriba, etcétera ¿Cuánto no ganaría esto para los que quieren cosas?”

2. La relación del hombre con la naturaleza: la quietud de lo eterno.

Como hemos ido señalando Unamuno no se queda impassible ante el paisaje, sino que reflexiona sobre él a través de sus vivencias. Esto le llevará a estados íntimos de recogimiento, de quietud, que lo pondrán en conexión con su ansiada eternidad. Ahora bien, ¿cómo establece esta relación con la naturaleza? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta la trayectoria vital de Unamuno, el entorno que le va rodeando y conformando, sólo así se podrá entender la relación que va estableciendo y se va reflejando en sus textos, los cuales irán ganando en espiritualidad. En este sentido, no sólo habrá que considerar la relación del hombre en excursiones aisladas, sino también en el transcurso de sus vidas ordinarias.

Partiendo de lo más vital y espontáneo Unamuno se encontrará con el pasado del tiempo cultural e histórico de la España querida. Los relatos de mayor profundidad y arraigo a este paisaje se verán en los recuerdos de añoranza recogidos en sus relatos del exilio. En ellos el paisaje y la arquitectura se combinan y disponen la relación del hombre de carne y hueso español con la naturaleza que lo envuelve. En ellos el paisaje se disfruta de manera colectiva a través de la vivencia con la tierra. El pueblo construye el paisaje, lo habita y lo vivencia. Sin embargo, Unamuno no se queda en estas imbricaciones, sino que se adentra por zonas más difíciles para penetrar en el paisaje desde la más absoluta soledad religiosa.

Tras vivenciar el paisaje en grandes capitales como Madrid, lugar donde curso la Universidad, Unamuno parece querer imbuirse en las entrañas del paisaje. Esto no es poco ya que, como ha dicho Rafaele Milani, el paisaje es aprehendido en el momento en que se comienza a avanzar cada vez más hacia sus adentros más allá de lo objetivo o la representación, hasta descubrir el orden de lo visible en una total disolución del yo³. De este modo, Unamuno va a penetrar en el paisaje, no ya desde ese sentimiento costumbrista propio de su Generación, sino que impulsado por él, va a acceder al paisaje para que este le descubra la luz de la pura presencia sensible que le conducirá a un estado de quietud.

La quietud, estado de sosiego en el que el hombre de carne y hueso se sumerge a través de la vivencia del paisaje, establecerá una clara relación con el sentimiento religioso. Frente a la actitud inquebrantable que pretende racionalizar todo, el acceso al paisaje se opondrá a toda razón que lo limite y contenta, al igual que ocurre con el sentimiento religioso. Esa angustia ante la inmortalidad que sufre alcanzará un estado de quietud al descubrir en un instante lo eterno en la naturaleza. En ella no existen modas ni novedades y, aunque expuesta a un continuo dinamismo, parece asomarse en un instante la inmensidad de lo eterno.

En este sentido, conviene hacer un paréntesis y apuntar, en relación con nuestros días, como la relación del hombre con la naturaleza a la que se

[3] Milani, Rafelle. *Op. cit.*, p. 29

referirá Unamuno esta determinada por nuevas implicaciones contrapuestas a las determinadas generalmente por el capitalismo y sistema de mercado que caracteriza e impregna toda nuestra sociedad y las relaciones que ella engloba. Esta no sólo reduce la naturaleza en mercancía, sino que clasifica y ordena la realidad en torno a cosas y hechos, abstrayéndonos de lo puramente sensible, introduciéndonos en una realidad ajena construida sobre ficciones. Así lo expresa Unamuno:

“Deja de pisar el asfalto de los bulevares. Aprende a desdeñar eso que llamamos civilización, y que rara vez es tal, y a extraer de ella lo que de cultura encierre. Deja la civilización con el ferrocarril, el teléfono, el water-closet y llévate la cultura en el alma. La civilización no es más que una cáscara para proteger las pupas, el meollo, que es la cultura. Todo ese formidable aparato de invenciones mecánicas acaba en producir una poesía.”⁴

Unamuno nos propone una salida ante tal civilización que arrastra y engulle todo en las redes de su sistema. Podríamos decir, siguiendo la línea argumentativa sobre los escritores que han mirado el paisaje de Rafaelle Milani, que Unamuno ha despertado del sueño. Heráclito distinguía dos tipos de personas los que duermen y los despiertos. Aquellos que dormían eran los artífices de todas aquellas cosas que ocurren en el mundo, produciéndolas y retirándose a este mundo ajeno al mundo único y común para todos⁵. De este modo, la vivencia de la naturaleza, la relación que establece con ella, lo va a desvincular de las redes del sistema y le va a conducir a un estado de quietud, de reunión coherente en sí mismo. Se trata de una actitud, de una relación con la naturaleza, que el hombre de carne y hueso de nuestros días debería recuperar.

Retomando esa quietud ante lo eterno y su relación con el sentimiento religioso, cabe destacar como este estado, sumiso en la más absoluta soledad, no implicará un placer ordinario como tal. De hecho si algo caracteriza a dicho estado es el desprecio a la comodidad, a todo aquel placer propio de una civilización absorta por el individualismo hedonista. Unamuno, señalará este rasgo de desprecio a la comodidad como propio de la casta ibérica, es decir atribuye esta forma de relacionarse con el paisaje con el pueblo español. Sólo mediante una vivencia como ésta encontraremos un camino que nos conduzca a la salida de la prisión en la que el hombre se sumerge.

Ahora bien, esa inmersión del hombre no implicará un sujeto paciente que recibe de la naturaleza pasivamente, sino que el sujeto se convertirá en artista, en cuanto que interpreta y participa en la naturaleza de manera activa. El hombre no sólo se dejará impregnar por el paisaje, sino que también creará el mismo a través de su interpretación. Esto es relevante, porque el sosiego y quietud al que nos estamos refiriendo alude a una vivencia motivada por el respeto y admiración a la naturaleza, de la cual todo parece mágico. Un buen

[4] Unamuno, Miguel. *Op. cit.* (1968), p. 21

[5] Milani, Rafaelle. *Op. cit.*, p. 205

ejemplo de ello son los silencios de la naturaleza, a través de ellos Unamuno construye una lírica del paisaje que nos deja impresiones como esta:

“Y el silencio casaba con la majestad de la montaña, una montaña desnuda, un levantamiento de las desnudas entrañas de la tierra, despojadas de su verdor, que dejaron al pie como se deja un vestido, para alzarse hacia el sol desnudo. La verdura al pie, en el llano, como la vestidura de que se despoja un mártir para mejor gozar su martirio. Y el sol desnudo y silencioso besando con sus rayos a la roca desnuda y silenciosa. Allí, a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual de las cumbres de aquélla a las cumbres del alma, y de las llanuras que a nuestros pies se tendían a las llanuras de mi espíritu.”⁶

El silencio del alboroto de la vida le llevará a Unamuno a buscar y encontrar este estado de quietud derivado de la sencillez y la pureza del contacto con la naturaleza. Frente a los rencores y odios que generan las disputas y confrontaciones de las relaciones en la ciudad⁷, en el campo se disfruta de esa paz, de ese sosiego, que por un momento nos hace partícipe en lo eterno. Ese hacerse partícipe sólo será posible mediante una actitud concentrada que implique a nuestro cuerpo. La vivencia de sosiego es vivencia del cuerpo a través de los sentidos y de movimientos, vivencia del hombre encarnado que asiste libre de prejuicios.

3. Amor inteligente hacia la naturaleza: belleza y deleite.

Una vez establecida la relación del hombre con la naturaleza, se puede dar un paso más y exponer como descubre Unamuno un amor inteligente hacia la misma, que actuando a través de los sentidos proporcionará un deleite. Para Unamuno es imposible resistirse a las solicitaciones del ambiente, uno no se puede evadir ante esto más elevado y noble. Por ello se considera un gran amante de la misma, de la hermosura que manifiesta, tras liberarse de las cadenas utilitaristas que lo ataban a la naturaleza. En este sentido decía⁸:

Muy rudamente tenían los castellanos que labrar sus llanuras y sacar de ellas con que sostenerse en la lucha por conservarlas, para que pudieran detenerse a dejarse empapar de su hermosura. Más no por esto hemos de decir que no la sintieran.

[6] Unamuno, Miguel. *Op. cit.* (1968), p. 25

[7] Las palabras de Unamuno (*Ibid*, pp. 20-21) lo muestran con mayor claridad: “Y héteme otra vez aquí después de haberme dado cuerda al corazón con el aire libre de las cumbres, héteme otra vez aquí, en la ciudad, en el vaho de la ramplonería humana, teniendo que soportar el que al lado mío se hable de nuestras diferencias con Francia a propósito de lo de Marruecos o de las cojidas de Vicente Pastor. Otra vez a oír comentar durante veinticuatro horas las noticias del día. Me ocurre lo que a Flaubert: “siento un disgusto profundo en lo diario, es decir, de lo efímero, de lo pasajero, de lo que es importante hoy y no lo será ya mañana”

[8] Unamuno, Miguel. *Paisajes*. Madrid: Alcalá D.L. 1966, p. 30

De este modo, se ve como la hermosura que capta ese amor inteligente a la naturaleza, al campo, no puede acceder cualquier persona. Unamuno señala como el campesino, aunque lo ama, lo ama por instinto, por la utilidad que le proporciona. Mas, serán los trabajos de los campesinos, del labrador de la tierra, el que nos han de vislumbrar el amor inteligente hacia la naturaleza, que es amor desinteresado por carecer de utilidad, y que nos descubre la tierra como hermosa. Para vislumbrar por qué será del labrador del que aprendemos ese amor desinteresado es mejor recurrir a las propias palabras de Unamuno:

“El intenso gozo animal que experimenta el pobre salvaje sediento al dar con una fuente y el sobresalto de alegría de la carne toda que al oír a lo lejos su murmullo se le produce, acaba por convertirse, con el rodar de los siglos, en purísima sensación estética, desligada ya en nuestra conciencia de su utilitario origen. ¿es tal deleite nuestro otra cosa que el eco en nuestras conciencias del interesado y carnal placer con que el pastor se deja empapar en agua bendita del cielo, que le regala una brizna de fría hierba de pasto por cada hebra de lluvia de riego? Así es como el sentimiento estético de la naturaleza, nacido del agradecimiento a los favores que nos hace, sólo se perfecciona y acaba a medida que nos hademos dueños de esos favores mismos de los que antes éramos esclavos.”⁹

Así, el sentimiento estético-antropológico hacia la naturaleza y hacia el paisaje será *uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura*¹⁰ Para vivenciar tal sentimiento, para experimentar tal amor, hay que aprender a entenderla y a quererla. De hecho, según el mismo Unamuno, no esta al alcance de cualquiera, sino que implicará un lenguaje más íntimo y recogido por el que penetrar en sus misterios. Sólo cuando desarrollamos ese amor inteligente a la naturaleza esta se nos muestra bella y hermosa.

Ahora bien, ¿qué entiende por belleza? En primer lugar hay que advertir que Unamuno afirma que para él no existe paisaje feo. De hecho explica como cuando llego a Castilla numerosas personas le explicaron como sentiría una aflicción y tristeza tras recordar la belleza del paisaje vasco, frente a la severidad del paisaje de Castilla. Sin embargo Unamuno, respondió que prefería esos paisajes severos y graves con una única solemne que los verdes campos de su tierra. En este sentido, la belleza la relaciona Unamuno con la solemnidad de lo simple y la fragilidad de la vida. Frente a las comodidades de la vida diaria, del habitáculo que el hombre ha construido en base a complejas abstracciones, Unamuno se deleita ante la sobriedad e incomodidades del campo. Un fragmento del capítulo dedicado al sentimiento de la naturaleza muestra esto último. En él narra sobre los sacrificios e incomodidades que hay que sufrir para subir a la cordillera de los Andes:

“¿Qué hay que sacrificar veinte horas terribles para conocer la cordillera de los Andes? ¿Y qué? Al que algo quiere, algo le cuesta, dice el refrán, y esas veinte horas han de aña-

[9] *Ibid*, p. 29

[10] Unamuno, Miguel. *Por tierras de Portugal y España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1969, p. 182

dirse al encanto del conocimiento. ¿Pero para qué se cansa usted en dar esos paseos?, me preguntaba una vez un campesino, y le contesté: Pues para gozar luego del descanso; el que no se cansa no sabe lo que es descansar.”¹¹

En este texto continua remitiendo a preguntas que le hacían y respuestas que el proporcionaba, siguiendo todas la misma línea. Al final de éste explica como consiguió subir al pico de la montaña donde paseaba, pese a que los campesinos le dijeron que nadie había subido. Cuando esta arriba les dice orgulloso ves como si pudimos subir, a lo que el campesino le contesta ¡pero pudieron ustedes matarse! La replica de Unamuno será la que nos de la clave de este texto: “Sí pudimos habernos matado, y éste es el mayor encanto de haber subido, el de que pudimos matarnos al subir.”¹² El amor inteligente hacia la naturaleza nos la descubre bella y nos proporciona deleite, pero este no vendrá dado por una mera captación de paisajes, sino por una participación comprometida con la misma.

Quizás en esta frase se exprese el último aspecto más significativo de este sentimiento hacia la naturaleza, que Unamuno denomina amor inteligente. En él se expresa como es fundamental la participación en la misma, hasta puntos tan extremos como que vaya la vida en ello. Sólo cuando nos adentramos en la naturaleza de manera activa, dejando atrás todos los constructos ficticios que nuestra sociedad crea, se podrá atisbar la vivencia de un deleite desgarrador surgido tras descubrir la hermosura de la simplicidad y la sobriedad.

4. Una nueva y vieja vía para la reflexión.

A modo de conclusión, quizás conviene destacar los dos puntos fundamentales en torno a los que se desarrolla estas reflexiones del paisaje: la vivencia del paisaje y la construcción cultural del paisaje. Respecto al primero, se ha ido trazando como la apreciación del paisaje había que considerarla desde la vivencia del mismo, no desde construcciones abstractas. Esto es, era el hombre de carne y hueso el que experimentaba el paisaje mediante la participación activa en la naturaleza. El hombre, que habitaba un entorno adecuado para sus necesidades, sometido a las demandas de la naturaleza se veía obligado a adentrarse en él.

Dicho carácter participativo parece estar olvidado en el fondo de la alcoba. La relación con la naturaleza que predomina es aquella en la que se propone como una fuerza maligna que nos aflige y que por ello hay que dominar. Todo fenómeno natural, el campo, la vida rural, necesita ser modernizado, necesita someterse bajo la normativa de la civilización. Nuestra percepción del paisaje se limita a la percepción audiovisual, a percepciones ficticias que per-

[11] *Ibid*, p. 184.

[12] *Ibid*, p. 184.

miten manipulación (piénsese en el último producto de esta actitud manifiesto en la opción de Street View de google maps). Desde esta perspectiva, adoptamos una óptica hacia el paisaje, unas gafas con la cual lo miramos a través de abstracciones, desde la lejanía. En este sentido, las aportaciones de Unamuno a este respecto, se nos muestran clarificadoras ante la manipulación del horizonte del paisaje acontecida.

Respecto al segundo aspecto, esto es la construcción cultural del paisaje, hay que destacar como Unamuno hace vivo mediante sus textos la producción cultural del paisaje propia del pueblo español. Según Rafelle Milani el paisaje es la forma espiritual que funda la visión y creatividad de un pueblo¹³, y en este sentido, Unamuno se servirá del mismo para crear, no sólo una literatura colmada, sino también una propuesta antropológica y estética en base al concepto de paisaje del pueblo español. Ese deleite venido de la colmada experiencia tras las fatigas y penurias previas es propia del pueblo ibérico, en cuanto que bravo ante las adversidades. Será este paisaje creado por el hombre español, por medio del trabajo y la imaginación por el que el hombre formado podrá pasar al amor inteligente hacia la naturaleza

Ambos puntos remiten a dos planos, el individual y el social, haciéndolos converger en torno a una antropología del paisaje que tan viva esta en nuestros días. La aportación de Unamuno no sólo será valiosa en cuanto por su contenido, sino también en tanto que establece una reflexión en torno al paisaje que deja abierta una vía. Esta no será novedosa, ya que como el mismo Unamuno ha señalado estas reflexiones se han llevado a cabo desde la antigüedad. Sin embargo, por el mismo hecho de que el paisaje es propio de cada cultura y de cada época, del espíritu de cada tiempo, siempre será un tema fundamental en la reflexión filosófica. Quizás, en este sentido, podamos concluir con las palabras de Azorín:

“el paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus plácides, sus anhelos, sus tártago. Un estético moderno ha sostenido que el paisaje no existe hasta que el artista lo lleva a la pintura o a las letras”¹⁴.

[13] Milani, Rafaele. *Op. cit.*, p. 51

[14] Azorin. *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Espasa-Calpe, 1964, p. 36